

OBRAS Y AUTORES

655784

Carlos Barella: Lautaro Guerrillero

Por HERNÁN DEL SOLAR

Ellelenn Nueva Universidad (Universidad Católica de Chile) empiezan sin ostentación, repentinamente, y de inmediato sobresalen. Aparece con su sello, en estos días, una obra que ensancha y ventila nuestra literatura. Nos introduce en un ámbito no frecuentado: nuestra historia. No se trata de un escritor que se encierra entre viejos papeles a buscar las huellas de un pasado que le interesa. Sustentado por el conocimiento histórico, por el estudio que no tiene paja, por el profundo interés de los orígenes de nuestra vida chilena —cuando aún no se le daba nombre—, Carlos Barella iriarte abre las compuertas de la imaginación y deja que irrumpan caudalosamente las imágenes de los primeros españoles que con los indios nacidos en esta tierra fraguaron el espíritu que nos permite poseer un destino.

El desenvolvimiento de nuestra literatura ha ido con lentos pasos por nuestra geografía. Largo tiempo vivieron los novelistas —y también los poetas— enfocando los rincones rurales, para descubrir lo pintoresco de sus costumbres, su flora y su fauna, las posibles historias sentimentales vividas en las ranchos, con aspra austeridad de cuchillos o festivo ruguear de guitarras. Después, cualquier día, algunos partirían hacia las ciudades, caminarían cautelosamente, deteniéndose en las callejuelas pobres, donde la vida se asemejaba con bastante exactitud a la de los cuarteles campesinos, con pequeñas añadidas de peor miseria y vino más borrascoso. Finalmente, vemos que se desvanecen paisajes rurales y urbanos, el escenario empieza a no contar, y nos metemos en la interioridad del hombre, a veces llena de recuerdos atrapados por el vasto mundo, o bien —monda y solitaria— sumida en su espejo trizado. Esta ha sido nuestra literatura en su vagabundeo espacial. ¿Y en el tiempo, en la ventolera de los años? El escritor ha preferido el presente, muy a menudo indefinido.

Carlos Barella rompe esta costumbre sedentaria, esta afición fotográfica a los cuadros angostos, y a grandes y víperosas pasos se va a lo íntimo, lo lejano, lo originalmente nuestro. Nos lleva con él y con extraordinaria fuerza creadora nos hace asistir a una inolvidable transfiguración: nuestra historia se nos convierte en un mundo imaginario densamente poblado de hombres. Todo en él lo conocemos; y lo vivimos, no obstante, por primera vez.

Apenas se abre el libro nos sale al encuentro un estilo des acostumbrado, un lenguaje de poeta muy antiguo que va cruzando mitos remotos, de sobrecogedora existencia y encanto. El novelista está delineando los lugares que serán escenario de la acción. Es el principio de los tiempos. Para percibirlo y expresarlo, la palabra es voz que canta. Así, pues, la obra nace entre las aguas de la poesía más lejana y siempre actual. Leemos, sorprendidos: "Un día Caycayvitu, fuera de las aguas, rompió las fuentes del gran shilano y las cataratas de los cielos fueron abiertas.

"La potente cola de Caycayvitu levanta las mareas tan enormes que toda la tierra se inundaba.

"Y moría toda la carne que se mueve sobre la tierra, así de aves como de ganado y bestias y de todo reptil que anda arrastrándose sobre la corteza y todo hombre.

"Y las aguas prevalectan sobre la tierra creciendo en gran manera: todas las montañas que había debajo de los cielos fueron cubiertas.

"Y desde el hombre hasta la bestia y los reptiles y las aves del cielo eran caídos de la faz de la tierra.

"Aconteció, entonces, que por la boca de los volcanes aparecieron los Pillanes para salvar a los hombres y a las bestias".

El ritmo, el acento de esta vieja poesía, donde las palabras van cargadas de revelaciones, no sitúan en el mito, en la hora del gran diluvio que anegó las tierras de los mapaches. El fenómeno lo provocó Caycayvitu, la serpiente de las aguas. Vinieron los Pillanes —sabios y diligentes antepasados protectores— y pidieron el auxilio de Trentén, el señor de las montañas, que las hizo crecer, oponiéndose a los designios de la serpiente. Los hombres treparon por ellas, para no morir. Al cabo de una lucha muy larga y tremenda, triunfó Trentén. Es decir, salvaron hombres, animales, plantas, crecieron bosques, aparecieron frutos y semillas, tuvieron un cauce los ríos, y se extendió entre aguas y montañas el país de los mapaches. Pasó el tiempo. El mito se contrae, se estrecha, y se oyen los primeros balbuceos de la realidad. Ellos nos cuentan cosas: aseman los primeros hombres blancos, después de la venida de los hijos del Inca, y eran seres de la más extraña apariencia. "Semejaban enovmas insectos; todo el cuerpo revestido de algo duro y brillante como la piedra. En vez de dos piernas, como todos, tenían cuatro patas peludas —cual husaque gigante— que arrollaban en volas carrera cuanto se les pusiera por delante". El novelista, al llegar a este punto, enfoca a los recién llegados con la mirada del nativo. En seguida, cuando la historia avanza, todo lo irá viendo con los ojos del conquistador y de quienes le acompañan. De esta manera, por primera vez en nuestra literatura, el paisaje enmarcado por el viento, la tierra de nuestro destino adquiere —junto al hombre, en el hombre— una naturaleza viva, que se identifica con él, que es como su cambiante conciencia, que es su principio y su término. Cuando estos hombres blancos —al iniciarse la novela— van en busca de la indole que se ha rebelado, los campegos son desertos de manera tal que parecen le brotando de lo más íntimo del hombre; son el miedo de la emboscada, son lo desconocido que avasalla con su color, su arena, su densidad, son el cansancio, el deseo de luchar, el recuerdo de todo lo que se ha dejado atrás, la esperanza de todo lo que aguarda para bien del alma y del cuerpo.

Ha habido en nuestras letras excelentes descripciones de nuestras tierras, prodios, exactos, incansables en la observación. Pero no recordamos a otro escritor que haga vivir la tierra dentro y fuera del hombre, tan estrechamente confundida con él como el caballo con el conquistador. Aquí el hombre es selva, viento, monte, río, y la naturaleza es combate, furor, odio, ternura.

Lo demás, ciertamente, no se cuenta, ni tampoco se comenta. La nobleza, la sublimidad de Lautaro se desenvuelven entre palabras precisas, rectas, vivas de luz y de realidad. Con la mayor verdad, diremos que de principio a fin de la obra las palabras son las de un gran escritor que no se parece a ninguno.

El Mercurio, Supl., 8-VII-72. P. 7

Carlos Barella, Lautaro guerrillero. [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carlos Barella, Lautaro guerrillero. [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile